

La rueda del molino

Un pueblo perdido entre las breñas de Ayopaya de pronto es invadido por campesinos sublevados al mando de cabecillas mineros. El pueblo sucumbe, mas no ante la insurgencia sino por otras causas que siempre temieron los habitantes. Joselo, narrador testigo de la obra da cuenta de las fiestas patronales, desfiles escolares, presagios, exorcismos y de sus recuerdos íntimos de infancia. Luego de abandonar su pueblo para continuar con sus estudios y después de varios años, vuelve para encontrarse con la aniquilación de su terruño y la desaparición de su gran amor: Doralía.

Capítulo 25

Justico Hervás, el santero, pensó en crear una nueva danza con máscaras diferentes de las tradicionales. Lo habían impresionado los rostros, gestos y poses de las autoridades e invitados especiales que visitaron el pueblo en la última fiesta patronal. Quería inspirarse en ellos. Ahora que ya era estación de lluvias, habría más tiempo para realizar sus propósitos. Llamó al yatiri Damián Qhespi, su amigo, y le pidió vallicinar la suerte y el futuro de su proyecto. Además el taller necesitaba una "Ch'alla" para mejorar las vibraciones positivas, ritual que no se había hecho en mucho tiempo.

Qhespi, ya avanzada la noche y bajo la lluvia, llegó al taller centenario de los Hervás. Pidió silencio a Justico y se concentró profundamente en su labor de adivino. No supo qué decir, después de un largo rato de observar las hojas de coca aventadas desde sus manos sobre el aguayo. Repentinamente se sintió indispuerto. No captó ningún mensaje de la posición de las hojas caídas. Y eso era de muy mal augurio. Se vio perdido dentro de una penumbra luctuosa, borronada de imágenes indescifrables. No le había pasado nada parecido en su larga trayectoria de adivino. Los oídos le zumbaban atormentándolo, y tenía la impresión de que su boca estaba llena de tierra. No pudo hablar. Salí corriendo en medio de la lluvia, hasta perderse en el puente Trancamayú. Justico, sorprendido, se puso el poncho y el sombrero de fieltro con el sapo de colores, que le ayudaba a comunicarse con sus ancestros, y salió tras Qhespi, preocupado por la actitud inesperada de su amigo. Después de caminar por horas las calles, volvió al taller cansado y calado hasta los huesos por el frío y la humedad, sin haber encontrado a Damián.

En el taller, no pudo hallar el mechero para encenderlo; deambuló a oscuras. Se sintió solo y amenazado por las máscaras que a pesar de la oscuridad, tenían una fosforescencia irreal. A momentos se imaginó que estaban bailando al compás de un bombo, en el que se convirtió su corazón. ¿Se habrían sublevado los diablos, o los estaban manejando espíritus maléficos? Se vio acorralado por los recuerdos de miles de danzantes que usaron sus disfraces en las fiestas patronales, durante las cuales se sentía el autor de todo el espectáculo, pero esta noche tenía un tinte lúgubre. Afogado, pensó en pedir ayuda al padre Lara. Por primera vez hizo conciencia de su vida solitaria. En su oluscamiento tropezó con el maniquí de una diablesa, y creyó que ésta le atacaba. Desapavorido, salió huyendo perseguido por la diablada imaginaria. Al atravesar el portón de la calle, chocó con alguien; luego se oyeron dos gritos de terror que el aire húmedo hizo más tétricos. Había chocado con Damián Qhespi, quien traía insumos para realizar el sahumerio y calmar a los Achachilas del cielo por haber provocado esta lluvia que se prolongaba más de lo habitual. Pasaron esa noche sin dormir, entre sahumerios y adivinaciones, observando muchas veces la caída de las hojas secas de coca al abismo cerrado de las premoniciones. No sospecharon siquiera del maleficio que venía tejiendo la lluvia para destruir la obra de Hervás.

El sacristán Bonifacio Almanza y el cura Roberto Lara vivían en una casa junto al Templo. Bonifacio tenía la buena costumbre de registrar la frecuencia y duración de las lluvias y los efectos de las fases lunares en las personas y animales. Eran datos que usaba para orientar a los campesinos cuando se trataba de programar las siembras y evaluar las futuras cosechas.

Esa noche, Bonifacio hojeaba su cuaderno de anotaciones, quería registrar la evolución de la última temporada lluviosa. Cayó en cuenta de que estaba lloviendo más de un mes sin parar. Comunicó su preocupación al padre Lara, quien pensó en ofrecer ceremonias de "rogativas" si en unos días no cesaba la lluvia. Cura y sacristán, en medio del fragor de la lluvia, oyeron un sonido como el rugir de una bestia, asustados subieron a la torre para ver qué sucedía. No pudieron ver nada. Sólo atinaron a tocar las campanas para llamar la atención de los habitantes, hasta que sus oídos quedaron tapiados por el estruendo y la vorágine que los enterró.

La tormentera del Jucumarini, la más deleznable, que estaba



Freddy Ayala Vallejos

situada en la cabecera de la encañada, se había derrumbado arrastrando gran cantidad de padrones y un bosque de eucaliptos plantado en sus quebradas, interrumpiendo el cauce natural del Río Grande. Varios aludes provocados por las torrenteras laterales sumaron escombros y barro hasta formar un enorme dique. Se juntaron las aguas espesas en un estanque descomunal. Nadie se percató del peligro que significaba para el pueblo que se encontraba a unos kilómetros río abajo. En cuestión de horas el estanque tomó dimensiones catastróficas, su volumen abarcaba cientos de metros por ambos márgenes del río. El dique colmatado empezó a moverse arrastrando cuanto encontraba su paso. Alcanzó a los habitantes del pueblo, quienes a esa hora del anochecer se encontraban en menesteres de cenar y acostarse. En medio de un trepidar de lodo y pedrones, los engulló sin que habitantes y animales domésticos tuvieran tiempo de huir.

Después de cenar, Doralía y su madre se habían acomodado junto a la máquina de coser para leer la última carta que recibieron del Nato Luchico, quien se encontraba trabajando en la Argentina. En sus cartas pedía que se fueran con él en busca de mejores oportunidades de trabajo. Durante la lectura de la carta oyeron el trepidar de piedras y árboles desgojados que producían un temblor de tierra. Ambas, desapavoridas, acomodaron la tranca en la puerta, pero la habitación fue aplastada y los gritos fueron sellados por el lodo fértil del aluvión.

La republiquetá más aguerrida de la Independencia, que nunca había caído en manos de los realistas "chapetones" fue borrada por la mazemorra.

Capítulo 26

Andrés y Elias se habían ido al Beni para hacer su servicio militar y desde aquella vez nunca más habían vuelto. El Nato Luchico se encuentra aquí, a mi lado, regresó de la Argentina después de recibir la noticia de la mazemorra. Y yo, vengo de más lejos para encontrarme también con este grotesco escenario. Arañamos por varias horas en el lodo resaca buscando algún vestigio de las casas, de las calles, o de los lugares donde jugábamos los amigos. No encontramos nada parecido a los tiempos infantiles. Sólo este silencio, respaldado por los plúgeros y los barriletes de antaño que el viento elevaba a la altura de nuestros sueños. Buscamos el almacén de los Cocani, la peluquería del Chinchumachu, la cancha de fútbol, el torrente de la veta de greda, el templo con los resopidos del armonio de don Tobias, buscamos a los amigos, a los profesores y a toda la gente que nos vio con cariño fabricar animales de greda, perseguir a los duendes y a las mariposas. ¿Dónde estarán todos ellos? ¿Será que levantaron vuelo hacia un terreno más seguro? No hay Patarrancho, no hay Urarrancho; todo se ha convertido en una quebrada lisa. El carro de San Bartolomé perdió su ropaje verde; ahora muestra su osamenta de piedra asperón rojo de jaspe blancos, dibujando fantasmas telúricos. Sólo el cabo de la placita está bien plantado, como prueba de que una vez hubo niños jugando en su entorno. Los molinos interrumperon su marcha circular y desparramaron la harina, dándole al turbón un matiz de estuco, rodaron río abajo como cansados de dar tantas vueltas y fueron abandonando sus partes en el camino.

Las fantasías de los mayores no se parecen en nada a esta desolación. Simplemente el pueblo fue borrado bajo sus escombros descansan ellos ahora, perdidos en la maraña de sus propias anécdotas acerca de la hambruna, de los guerrilleros Lanza, de las deidades quechuas, compartiendo el cielo con la Virgen del Rosario. Y ahora contigo, Doralía.

Doralía de mis sueños. Nunca amanecieron los soles que soñamos, tampoco encontraron cielos nocturnos las lunas previstas en mis dibujos. Luchico y yo tenemos en las manos las cruces con los nombres de los desaparecidos y no sabemos dónde colocarlas. Incluso las tumbas del cementerio fueron removidas por la luna del lodo que se distrajo de China Supay, o de Achachilas macabros que viven en Marmalita Oaqa. ¿Dónde voy a colocar tu cruz? ¿Qué lugar es cuna de tu ausencia? ¿Qué piedra te sirve de almohada? Mientras acaricio esta rueda del molino, que blanca emerge de la ciénaga resaca, levanto la mirada, buscando las nubes causantes de la lluvia fatídica. Solo encuentro dos gotas que llenan mis ojos.

Doralía: Te fuiste con la rueda del molino. La greda blanda es ahora tu lecho; no abajo en algún rincón sospechado. Doralía: De tanto nombrarte en este páramo de tierra asesinada, olvidada por los dioses, me duele el cuerpo y se multiplican mis voces para gritar, y mis ojos vierten el agua turbia de mi congoja. Te siento barro en mi barro. ¿Por qué no te llevé conmigo?

La rueda del molino con su fuerza centrífuga me planta como a un árbol a este suelo, sembrado de tu magia. Ahora que es tarde y sé que no te recuperaré, juro aquí, el lado del Luchico, que reedificaré el pueblo con la ayuda de los hijos pródigos de este terruño amado, quienes volverán de tierras lejanas con las manos crecidas de voluntad. Y en tu Nombre habremos de construir un pueblo digno de tu recuerdo.

Freddy Ayala Vallejos. Poeta y director local habiendo.
Ha publicado los poemarios "Asíni"
"Samayra telúrica" y "Reincarnación del virego".

